

Ejército Imperial Japonés en el período de entreguerras: concepto operativo, planes de guerra y los objetivos estratégicos del estado japonés


Imperial Japanese Army in the interwars period: operational concept, war plans and the japanese state strategic goals

Resumen: Este artículo consiste en una investigación inicial y exploratoria sobre la formulación doctrinal del Ejército Imperial de Japón y su consecuente concepción y planificación operativa en el período de entreguerras. El concepto desarrollado en este período, y finalmente aplicado en la Segunda Guerra Mundial en Asia, se llamó *Sokkusen Sokketsu* (“Combate rápido, decisión rápida”). A través de una metodología histórico-explicativa, el objetivo es demostrar que el desarrollo de esta formulación de forma independiente, en el período en cuestión, resultó en un desapego entre los objetivos del Estado japonés y los objetivos enumerados en la guerra. Para ello, el artículo realiza inicialmente un breve debate sobre la relación entre doctrina y Gran Estrategia y, posteriormente, busca relacionar la formulación doctrinal japonesa con su contexto internacional, de seguridad e histórico. Así, se argumenta que el diagnóstico doctrinal y operativo no puede existir desligado del contexto histórico, económico y social en el que se encuentra el país. Es decir, la eficacia doctrinal debe ser considerada desde los objetivos estratégicos de un Estado.

Palabras clave: Japón; concepto operativo; China; Segunda Guerra Mundial; Segunda Guerra Sino-Japonesa.

Abstract: This article consists of an initial and exploratory research on the doctrinal formulation of the Imperial Army of Japan and its consequent concept and operational planning in the interwar period. The concept developed in this period, and eventually applied in World War II in Asia, was called *Sokkusen Sokketsu* (“Fast Combat, Fast Decision”). The article uses a historical-explanatory methodology. Its objective is to demonstrate that the doctrine’s independent formulation resulted in a detachment between the objectives of the Japanese State and the objectives listed in the war. For this, the article initially discusses the relationship between doctrine and Grand Strategy and, later, seeks to relate the Japanese doctrinal formulation to its international, security, and historical context. Thus, it is argued that the doctrinal and operational assessment cannot exist detached from the historical, economic, and social context in which the country finds itself. That is, the doctrinal effectiveness must be considered from the strategic objectives of a State.

Keywords: Japan; operational concept; China; Second World War; Second Sino-Japanese War.

Paulo Gilberto Fagundes Visentini 

Paulo Gilberto Fagundes Visentini
Universidade Federal do Rio Grande do Sul.
Núcleo Brasileiro de Estratégia e Relações
Internacionais (NERINT-UFRGS).
Porto Alegre, RS, Brasil.
paulovi@ufrgs.br

Bruno Magno 

Bruno Magno
Universidade Federal do Rio Grande do Sul.
Núcleo Brasileiro de Estratégia e Relações
Internacionais (NERINT-UFRGS).
Porto Alegre, RS, Brasil.

National Chengchi University, Taiwan
Center for Security Studies (TCSS-NCCU)
Taipei, Taiwan.
brunomgn@gmail.com

Recibido: 16 sep. 2022

Aprobado: 13 ene. 2022

COLEÇÃO MEIRA MATTOS

ISSN on-line 2316-4891 / ISSN print 2316-4833

<http://ebrevistas.eb.mil.br/index.php/RMM/index>



Creative Commons
Attribution Licence

1 INTRODUCCIÓN

Este artículo consiste en una investigación inicial y exploratoria sobre la formulación de conceptos operativos del Ejército Imperial Japonés. Más concretamente, un análisis de su formulación en las décadas de 1920 y 1930 y su relación con los objetivos estratégicos japoneses de la época. Se concluye que la doctrina y los conceptos formulados se desvincularon de los objetivos estratégicos del Estado japonés y, en última instancia, provocaron una guerra prolongada contra China y su posterior derrota por parte de este país y los demás aliados en la Segunda Guerra Mundial.

Para lograr este objetivo, inicialmente, se realizan algunas consideraciones teóricas sobre las perspectivas y enfoques utilizados en el análisis. A continuación, se analiza brevemente el contexto económico, político e internacional de Japón en este período. En tercer lugar, se analiza cómo respondió el Ejército a este contexto. Y, finalmente, se realiza un análisis del concepto operativo adoptado por el Ejército Imperial Japonés en el período en cuestión. A modo de conclusión, se hace una reflexión sobre el impacto de esta doctrina y conceptos operativos en la Segunda Guerra Sino-Japonesa y consecuentemente en la derrota japonesa.

A principios del siglo XX, Japón aseguró su entrada en la lista de grandes potencias al deshacer el sistema de tratados desiguales, impuesto a través de la diplomacia de las cañoneras en el siglo anterior, vencer a Rusia, siendo la primera derrota militar de una potencia europea por una no-Europea, y ser parte de la coalición victoriosa en la Primera Guerra Mundial. De esta forma, integró y participó en la construcción de la arquitectura del Sistema Internacional de la inmediata posguerra erigido por la Sociedad de Naciones. Sin embargo, a pesar de que este nuevo sistema estuvo marcado por el intento de comprometer los poderes en los regímenes de gobierno que buscaban evitar nuevas conflagraciones, no logró atacar sus causas. En otras palabras, no se introdujeron mecanismos de regulación financiera, económica y comercial, manteniéndose profundas desigualdades entre los poderes establecidos y emergentes, haciendo del mantenimiento de zonas de influencia exclusivas el único medio para superar las barreras proteccionistas en situaciones de crisis del sistema.

El contexto internacional descrito, combinado con la inestabilidad política interna en China y la dependencia de Japón de su zona de influencia en este país, posicionó progresivamente a ambos en rumbo de colisión. Para Japón se impuso la opción por dos caminos, el primero sería el liderazgo primordialmente económico en la región para el mantenimiento de su Revolución Nacional¹ y el segundo sería el mantenimiento de las zonas de influencia por la fuerza y la preparación de una guerra contra la URSS. La crisis económica, las deficiencias institucionales y el choque entre intereses japoneses y occidentales permitieron que ascendiera al gobierno japonés, a través de una usurpación del poder civil, una coalición de fuerzas del Ejército y de segmentos de los *zaibatsu* que optó por la segunda vía.

1 La Revolución Nacional se entiende aquí en una perspectiva furtadiana (en referencia a Celso Furtado y su teoría del subdesarrollo), es decir, la alteración de las estructuras del Estado a través de la interiorización del centro de decisión (antes transnacional) para la superación del subdesarrollo y la inserción internacional autónoma. Esta internalización del centro de decisión se daría, de manera simplificada, a través de tres iniciativas: centralización política, industrialización económica y modernización militar, que en el caso de Japón correspondía a la agenda de la Restauración Meiji (1868) (MAGNO, 2018, págs. 16-18, 35-40).

Mientras que China, desde fines de la década de 1920, retomó su agenda de Revolución Nacional bajo el liderazgo del *Guomindang* (GMD)², que enfrentó un escenario de disputa interna con el Partido Comunista Chino (PCCh) y con los Señores de la Guerra por la supremacía. Esta inestabilidad fue vista por el Ejército japonés como la oportunidad ideal para consolidar su zona de influencia exclusiva sobre China y prepararse para un enfrentamiento con la URSS.

Sin embargo, ¿la opción adoptada por el Ejército Imperial Japonés y, posteriormente, por el propio Estado japonés, fue coherente con sus objetivos estratégicos o con una Gran Estrategia? Además, ¿la formulación doctrinaria de este período fue coherente con esta supuesta Estrategia? Se argumenta que, en realidad, Japón atravesaba un período de estancamiento o indecisión estratégica y que, por ello, su doctrina no se correspondía con los objetivos militares establecidos en ese período.

2 CONSIDERACIONES TEÓRICAS

Según el Ejército Brasileño, la doctrina militar consiste en: “[...] un conjunto de principios, conceptos, normas y procedimientos, ordenado de manera integrada y armónica, basado principalmente en la experiencia, destinado a establecer líneas de pensamiento y orientar acciones (BRASIL, 2019, p. 1-2).

Sin embargo, la comprensión del concepto de doctrina militar puede diferir de un país a otro. Esta divergencia estaría relacionada con factores tecnológicos, disputas entre facciones internas, percepción de seguridad y amenaza, competencia entre líderes civiles y militares sobre prioridades presupuestarias, de seguridad y objetivos estratégicos en diferentes países (CHAPMAN, 2009, p. 1).

A pesar de estas posibles diferencias conceptuales, existe consenso en que la doctrina militar abarca la totalidad de una fuerza militar, siendo el principio rector dentro de todos los niveles de la guerra: Estratégico, Operacional y Táctico; y el factor que define la conducción de la guerra de un Estado. Si bien los niveles de guerra tienen una jerarquía, no son estancos. Se superponen entre sí y no tienen una delimitación clara. En una evaluación académica, esta delimitación varía según la unidad de análisis de que se trate (HARVEY, 2022, p. 83-84).

Dado el alcance que tiene la doctrina militar en todos los niveles de la guerra y la interrelación presente entre estos diferentes niveles, es de común acuerdo, en la literatura de Estudios Estratégicos, Relaciones Internacionales y Pensamiento Militar, que la formulación doctrinaria de una determinada fuerza militar, no se relaciona únicamente con una correlación interna de fuerzas. La formulación doctrinaria también se relaciona con los objetivos estratégicos del Estado en el ambiente internacional o, incluso, el mantenimiento de su seguridad en un Sistema Internacional anárquico (AVANT, 1993, p. 410-411; CHAPMAN, 2009, p. 1). En realidad, el centro del debate en torno a la doctrina militar es cómo se da este proceso de formulación: ¿Cuál es el peso relativo

2 *Guomindang* (GMD) o *Kuomintang* (KMT) según la regla de transliteración adoptada, es el Partido Nacionalista Chino, responsable de establecer la República en 1911, durante la Revolución Xinhai, bajo el liderazgo de Sun Yat-sen, luego responsable de la reunificación del Estado chino en 1928, durante la Expedición del Norte, ya bajo el liderazgo de Jiang Jieshi (Chiang Kai-shek). En 1949 sería derrotado en la Guerra Civil por el Partido Comunista Chino (PCCh), trasladando la sede de su gobierno a Taiwán.

entre factores domésticos e internacionales? ¿Quién tiene más injerencia en su formulación, los civiles o los militares? O de nuevo, ¿qué origina, o quién es más probable que formule doctrinas ofensivas, defensivas o disuasorias? (AVANT, 1993; KIER, 1995; POSEN, 1984).

Si bien este artículo no pretende responder a estas preguntas, son pertinentes al problema planteado: es posible que una doctrina militar dé lugar a conceptos operativos que resulten en planes divergentes a los intereses y objetivos estratégicos del Estado. Se pretende responder a esta pregunta con este breve estudio de caso y evaluar qué camino puede tomar este fenómeno.

Por tratarse de una investigación inicial, exploratoria y especulativa, no se pretende construir una teoría definitiva para explicar este fenómeno. Pero eso sí, alerta sobre la necesidad de incluir en los modelos explicativos sobre la formulación doctrina y de conceptos y operativos, evaluaciones más amplias del Sistema Internacional y del momento histórico en el que se inserta el Estado a analizar. Esta alerta es aún más necesaria cuando no se analizan los Estados de Europa Occidental o los EE.UU., ya que las formulaciones estratégicas y doctrinarias de los demás Estados son reactivas a la actuación de estos actores en el Sistema Internacional³.

Se considera que la doctrina militar es parte integrante de los objetivos estratégicos de un Estado en el Sistema Internacional y de su política exterior, ya sea disciplinando el uso de los recursos existentes para su aplicación militar, o expresando intenciones a otros Estados (POSEN, 2016), pág. 160). En este sentido, para Posen (1984, p. 13), la doctrina militar consistiría en un subcomponente de la Gran Estrategia⁴ de un Estado y, por tanto, en un componente de la política superior del Estado. Con base en esta reflexión, podemos utilizar el siguiente concepto para definir la doctrina con mayor precisión: “La doctrina militar es un ‘conjunto de principios del Ejército utilizados para guiar sus acciones en apoyo de los objetivos nacionales’. [...] En términos de Clausewitz, la doctrina refleja el funcionamiento de la ‘gramática de la guerra’ (JENSEN, 2006, p. 4, nuestra traducción).

Y desde esta perspectiva Clausewitziana volvemos a la relación entre doctrina y política. También según Posen, en la perspectiva de la guerra de Clausewitz, la política está presente en todos los aspectos de la conducción de la guerra, aunque no tenemos una fórmula exacta para la implementación de estos principios u objetivos políticos en la doctrina (POSEN, 2016, p. 167-168). Si la Gran Estrategia constituye la política superior de un Estado, es necesario comprenderla para analizar la formulación, el éxito o el fracaso de una determinada doctrina militar.

3 El estado del arte de la literatura sobre la doctrina militar moderna es, en gran medida, el resultado de estudios de caso (en varios momentos históricos) de cuatro países: Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania. En estos estudios originales, los modelos explicativos construidos tienden a minimizar los aspectos sistémicos del entorno internacional, dado que estos países actúan de manera autónoma en el Sistema Internacional y, en gran medida, sus políticas e intereses internos repercuten en todo el Sistema Internacional. A pesar de que estas teorías y modelos explicativos derivados de estos estudios de caso son de gran utilidad para cualquier investigación sobre doctrina militar, la aplicación de este instrumental de forma automática y acrítica en estudios de caso de otros países en varios momentos históricos puede resultar sesgada y anacrónica (BLACK, 2004). , págs. 66-68).

4 Para Posen (1984, p. 13), la Gran Estrategia consiste en una cadena de medios y fines político-militares, en sus palabras “una teoría del Estado sobre la mejor manera de ‘causar’ seguridad para sí mismo”. La Gran Estrategia debe identificar las amenazas a la seguridad del Estado y formular respuestas políticas, económicas y militares.

Sin embargo, no se sostiene que enfoques institucionalistas como el de Avant (1993) o enfoques culturalistas como el de Kier (1995), que enfatizan variables internas para la formulación doctrinal, carezcan de capacidad explicativa. Pero sí, en el estudio de caso en cuestión (y posiblemente en otros estudios que no involucren a las grandes potencias occidentales) esta lógica está subordinada a la dinámica internacional ya la formulación de la Gran Estrategia.

Por ejemplo, se utiliza el modelo explicativo institucionalista de las incubadoras de Jensen (2006) para explicar las nuevas formulaciones doctrinales en el Ejército estadounidense. Las incubadoras consistirían en subunidades militares libres de jerarquías burocráticas civiles o militares, libres para la experimentación doctrinaria (JENSEN, 2006, p. 17-18). En su estudio de caso, Jansen califica de manera positiva a las incubadoras, ya que serían las responsables de la capacidad de innovación y adaptación doctrinaria del Ejército de los Estados Unidos.

Sin embargo, las innovaciones doctrinarias no existen fuera de los procesos históricos, el Sistema Internacional y la Gran Estrategia de un Estado. El caso del Ejército Kwantung, que será analizado a lo largo del artículo, se asemeja al de una incubadora, sin embargo, con efectos extremadamente nocivos para el Ejército japonés y para el Estado en su conjunto.

Esta organización militar actuó, durante un largo período, prácticamente a pesar del gobierno de Tokio, formuló su propia concepción de política exterior, doctrina y operaciones, que, en algún momento, subordinó la política exterior japonesa y se convirtió en la doctrina oficial del Ejército japonés. En el campo de la Gran Estrategia y la política exterior, esta formulación resultó en una guerra total contra China y más tarde contra los EE. UU. En el campo de la doctrina, resultó en una formulación basada y válida para la experiencia en Manchuria, pero incapaz de proporcionar respuestas válidas para una guerra prolongada contra China y luego con los EE. UU.

La doctrina japonesa dio origen al concepto operacional a analizarse del sokkusen soketsu, “combate rápido y decisión rápida”. Este concepto privilegiaba la ofensiva por encima de todo, al objetivar una batalla rápida y decisiva. Era algo aplicable en Manchuria a partir de la extensa infraestructura ferroviaria existente, pero poco práctico en la inmensidad de China sin una industria de motores adecuada. En un momento histórico de inestabilidad en el Sistema Internacional y transición tecnológica (del vapor al motor de explosión), de la guerra motorizada y de la guerra aérea, Japón se insertó sin una doctrina y conceptos operativos adecuados a sus objetivos estratégicos. En parte, como intentaremos demostrar, esto se debió a un vacío en la formulación de la Gran Estrategia. Por lo tanto, no hubo un consenso básico en la alta política japonesa que guiara sus instituciones civiles y militares y su formulación doctrinaria.

3 CONTEXTO POLÍTICO Y ECONÓMICO DE JAPÓN EN LA DÉCADA DE 1920: LA DEMOCRACIA TAISHO

Durante la década de 1920, Japón experimentó un período de gran prosperidad económica. En gran medida, esto tuvo lugar en el contexto posterior a la Primera Guerra Mundial. Con las economías europeas dedicadas al esfuerzo bélico, la economía japonesa creció rápidamente, ocupando mercados abandonados por los europeos (MIYAZAKI, 2009, p. 29; SHIGEMITSU, 1958, p. 26). Esta prosperidad estuvo acompañada de un momento de efervescencia cultural, mayor participación política de la población con movimientos sociales y ampliación de derechos (como la institución del sufragio universal masculino). Hubo un esfuerzo de política exterior por mantener la arquitectura regional del Internacionalismo Conservador⁵ y la implementación de una política de no intervención hacia China. Este período se conoció como Democracia Taisho y, en términos generales, duró desde 1918 hasta 1927.

Sin embargo, los impactos consecutivos del Gran Terremoto de Tokio⁶ (1923), la Crisis Financiera Showa (1927)⁷ y la Gran Depresión (1929) socavaron los cimientos políticos y económicos de la Democracia Taisho (SHIGEMITSU, 1958, p. 27). Japón se volvió cada vez más dependiente del comercio y de la inversión en sus zonas de influencia, especialmente Manchuria, que ya en 1910 representaba el 40% del comercio con China (MIYAZAKI, 2009, p. 29-30). En el período 1917-1929, el 16,7% de los activos extranjeros japoneses estaban en el este de Asia, y en el período 1930-1939 esta cifra saltó al 35,2%. La relación entre la inversión extranjera japonesa y el PNB aumentó del 0,91% en 1922 al 3,61% en 1937 (MIYAZAKI, 2009, p. 40, 44). La participación del comercio exterior en el PNB japonés aumentó del 27 % en el período 1917-1926 al 33,7 % en el período 1927-1936, con la participación de Asia oriental en ese comercio rondando el 47,6 % en exportaciones y el 37,4 % en importaciones (MIYAZAKI, 2009, p. 40, 43, 46, 50-51). En 1945, al final de la guerra, el 37,5% de los activos extranjeros japoneses se concentraron en Manchuria y el Norte de China (MIYAZAKI, 2009, p. 41).

Incluso en este escenario de dependencia de Manchuria, combinado con una fuerte crisis internacional, Japón recurrió a una política económica contracíclica de expansión fiscal y congelación del gasto militar, especialmente en la financiación. Esta política fue aplicada por Takahashi Korekiyo, uno de los principales responsables de la política económica japonesa del período Taisho, el 11º Primer Ministro de Japón (1921-22) y Ministro de Finanzas (1931-36)

5 La categoría de internacionalismo conservador fue utilizada por Robert Schulzinger para analizar el contenido de la diplomacia de entreguerras. Puede decirse que las iniciativas diplomáticas de este período se caracterizaron por el predominio de los acuerdos y tratados negociados caso por caso entre las grandes potencias sobre los organismos internacionales. El anticomunismo se presentó como el elemento de consenso del internacionalismo conservador. La entrada de la URSS y la salida de Japón de la Sociedad de Naciones demostraron el agotamiento de este modelo (SCHULZINGER, 2002 apud MARTINS, 2013, p. 185).

6 El Gran Terremoto de Tokio fue responsable de la muerte de más de 100.000 personas y más de 50.000 familias perdieron sus hogares. La destrucción provocada por los terremotos se vio agravada por una serie de incendios. Las pérdidas oscilaron entre 5.500 y 10.000 millones de yenes, y hubo una caída de las exportaciones, lo que hizo que la balanza de pagos fuera negativa.

7 La Crisis Financiera Showa fue una corrida bancaria resultante de la burbuja especulativa desencadenada por los esfuerzos de recuperación económica tras el Gran Terremoto de Tokio. Como resultado, los principales bancos japoneses quebraron y los *zaibatsu* (conglomerados industriales familiares que se analizarán más adelante) tomaron el control del sistema bancario japonés.

encargado de sacar a Japón de la Gran Depresión. Takahashi logró revertir la recesión japonesa y devolver la economía urbana al pleno empleo aun en 1935, una década antes que EE.UU.⁸ (PAINE, 2012, p. 41). Su política se basó en la salida del patrón oro, la devaluación de la moneda para incentivar las exportaciones, fomentar el consumo, la inversión en obras públicas, el control civil sobre los gastos militares, la cooperación con Occidente y el apoyo a la unificación china y al desarrollo económico (PAINE, 2012, p. 41-42). Takahashi representó una política de liderazgo para el poder económico que fue privilegiada por las autoridades civiles de Tokio, pero provocó un gran resentimiento en los militares por congelar su presupuesto y no apoyar intervenciones directas en territorio chino.

En concreto, la política económica japonesa y su política hacia China estaban indisolublemente unidas, los gabinetes civiles buscaban la cooperación con Occidente y una política de estabilización progresiva de China. En el campo económico, recomendaron el gasto interno en detrimento del gasto en financiamiento militar, para consolidar la industria y la infraestructura y, así, invertir en un programa de modernización militar (PAINE, 2012, p. 15). El concepto era similar al de la Restauración Meiji: tener una economía fuerte para tener un ejército fuerte.

Sin embargo, la política de Takahashi se deconstruiría gradualmente, poniendo fin al período de la Democracia Taisho. Entre los factores críticos que llevaron a su desmantelamiento, se destacaron el apoyo de gran parte de los conglomerados que integraban el sistema *zaibatsu*⁹ al golpe de Estado, el vacío institucional que quedó tras el fin del gobierno de los *genro*¹⁰ y la desobediencia militar ante los gabinetes civiles, que tenían como objetivo aumentar el gasto militar y a una salida militar para China, culminando en una rebelión militar en febrero de 1936 (MAGNO, 2015, p. 42).

8 Esta proeza lo llevó luego a ser reconocido como el John Maynard Keynes de Japón (PAINE, 2012, p. 41).

9 Conglomerados industriales verticalizados, formados inicialmente por las familias de los terratenientes (daimiyo). Con el advenimiento de la Restauración Meiji, estas antiguas familias de samuráis terratenientes asumieron su papel como capitanes de la industria después de entregar sus tierras al nuevo gobierno imperial centralizado.

10 “*Genro*” es una designación utilizada en Japón para los samuráis que promovieron la Restauración Meiji. La literatura anglosajona traduce la expresión como “oligarcas”. Sin embargo, entre nosotros, el término “oligarca” suele usarse para designar a la clase de terratenientes, cuyo poder depende del control de los recursos naturales y la mano de obra. En Japón, lo que más se acerca a esto son los *Daimios*, precisamente contra quienes se levantó los “*genro*”, por lo tanto, “oligarca” lleva a un error de interpretación. Además, “caudillo” en nuestro medio se utiliza para designar a líderes cuyo poder emana del carisma, o prestigio, y la injerencia en la política a través de bandas armadas. La designación “caudillo” está más cerca del “*genro*”, samurái intermediario, dotado de liderazgo y carisma, diestro en el uso de armas y en la conducción de tropas (HALL, 1985, p. 246-247 apud MOREIRA DA SILVA et al., 2011).

4 EL EJÉRCITO IMPERIAL JAPONÉS EN LAS DÉCADAS DE 1920 Y 1930

El ambiente internacional en el período de entreguerras estuvo marcado por el intento de establecer regímenes internacionales en materia de seguridad, defensa y gobernabilidad, véase el Tratado de la Conferencia Naval de Washington (1922). Sin embargo, no logró regular las relaciones económicas ni resolver las disputas comerciales. Debido al proceso de reconstrucción europeo y la crisis económica y financiera de fines de la década de 1920, se propagó un ambiente marcado por el proteccionismo económico; entre 1929 y 1931 las exportaciones japonesas cayeron a la mitad, mientras que los chinos aumentaron los aranceles para la entrada de productos japoneses y promovieron boicots (PAINE, 2012, p.20-21). El quiebre del sistema bancario japonés en la crisis de 1927 también es sintomático, y es posible que este factor haya contribuido al ascenso del *zaibatsu* como grupo político predominante en apoyo de una solución militar y su postura agresiva en el sentido de buscar el control directo de sus inversiones en territorio chino (MAGNO, 2018, p. 55).

Este perfil elevaría al *zaibatsu* al papel de principal garante de la aventura expansionista del Ejército Kwantung. Entre 1914 y 1931, Japón saltaría del puesto de cuarto mayor inversor extranjero en China al segundo puesto, junto a Inglaterra. Japón representó el 35,1% del stock total de inversión extranjera en China, mientras que Inglaterra tuvo el 36,7% (MIYAZAKI, 2009, p. 60). El resultado fue una mayor dependencia de los *zaibatsu* a sus negocios en Manchuria – entre 1926 y 1931, Manchuria absorbió el 70% de la inversión extranjera directa japonesa – y una mayor competencia con las empresas chinas (PAINE, 2012, p. 23). Con el aumento de la competencia entre empresas japonesas y chinas, los grupos de presión vinculados al *zaibatsu* comenzaron a defender la adopción de políticas agresivas contra China y vieron en la expansión del gasto militar una forma de suavizar los efectos del período de crisis. Así, progresivamente, el *zaibatsu* comenzó a apoyar las políticas bélicas impulsadas por las fuerzas armadas japonesas.

Los militares, especialmente el ejército, se habían dividido en dos facciones principales desde principios de la década de 1920, la *Kodoha* y la *Toseiha*. Ambas identificadas con visiones fascistas y militaristas de la sociedad, creían que Japón debía ser dirigido por el Emperador a través de las Fuerzas Armadas, oponiéndose al entonces actual modelo democrático parlamentario. Sin embargo, la *Kodoha* tenía una ideología más asociada a un pasado ideal japonés ligado a la tierra y al código moral samurái, el Bushido, mientras que la *Toseiha* defendía la amplia modernización de las Fuerzas Armadas y el énfasis en el progreso y la industrialización. Así, la segunda facción, dominante principalmente en el Ejército Kwantung, encontraría apoyo en los *zaibatsu* (PAINE, 2012, p. 40).

Las debilidades institucionales también jugaron un papel en el surgimiento de las fuerzas armadas en el gobierno japonés. La Constitución Meiji era contradictoria en cuanto a las responsabilidades de las fuerzas constituidas en el Estado japonés, señalando al Emperador como el máximo responsable del proceso de toma de decisiones. A través de este espacio gobernaban los *genro*, por indicación directa del Emperador. Luego de la muerte de la mayoría de los *genro*, los gobiernos fueron paulatinamente reflejando el resultado de las elecciones, convirtiéndose de hecho en una democracia representativa. Sin embargo, aunque los gabinetes ahora representaban la voluntad popular, las Fuerzas Armadas respondían constitucionalmente solo al

Emperador y no al gobierno electo. El resultado fue la progresiva independencia de las Fuerzas Armadas, especialmente del ejército estacionado en Manchuria, de las decisiones tomadas en Tokio. Los principales ejemplos de este fenómeno fueron el ataque a Zhang Zuolin, en 1928, y el incidente de Mukden (el pretexto para la ocupación de Manchuria) en 1931, que interrumpieron los intentos del gabinete en Tokio de negociar con el presidente nacionalista Jiang Jieshi (MAGNO, 2018, pág. 56).

Los militares consideraban a Manchuria una importante base militar, el principal frente de la inevitable guerra contra la Unión Soviética. Independientemente de la invasión japonesa de Manchuria o de la guerra contra China, el objetivo último del Ejército Imperial Japonés era la guerra contra la URSS (PAINE, 2012, p. 47). El ejército vio en una política exterior agresiva contra China una forma de superar la recesión y de contener la expansión territorial e ideológica de la URSS. De esta manera, el Ejército Kwantung, estacionado en Manchuria, implementó progresivamente su propia política exterior, a pesar del gabinete de Tokio y con la aquiescencia del Cuartel General Imperial.

Después de la invasión de Manchuria en 1931 y el establecimiento del Estado títere de Manchukuo, en 1933, los militares entregaron al gobierno civil un *fait accompli*, lo que resultó en el aislamiento internacional japonés y la consiguiente retirada de la Sociedad de Naciones. Los Ejércitos Kwantung y de Guarnición de Norte de China emprendieron progresivamente campañas militares independientes, celebrando tratados con los señores de la guerra locales, expropiando propiedades chinas y transfiriéndolas a los *zaibatsu* y anexando nuevos territorios a Manchukuo o creando gobiernos títeres. El gobierno civil no tuvo medios para retirarse de las iniciativas emprendidas por el ejército en el continente, limitando su política exterior y económica.

A las actividades militares en China se sumaron la serie de intentos de golpe y asesinatos por parte del ejército, configurando un período de transición en Japón, conocido como gobierno por asesinato (COOX, 1976, p. 23). Entre 1930 y 1935 hubo cinco intentos de golpe de estado perpetradas por oficiales del ejército acompañadas de atentados y asesinatos de ministros y políticos. La percepción era que la toma del gobierno por los militares era inminente. El vértice de esta disputa fue el intento de golpe conocido como el Incidente del 26 de febrero de 1936. En esa fecha, unos 1.500 militares en Tokio ocuparon la sede del gobierno e intentaron ocupar el Palacio Imperial, además de atacar la cumbre del gabinete y del Consejo Privado del Emperador, logrando el asesinato de dos ex-Primeros Ministros. La rebelión militar solo fue sofocada después de tres días y resultó en el desmantelamiento de *Kodoha*, identificada como responsable de la iniciativa.

Aunque la rebelión no logró su principal objetivo de secuestrar al Emperador y establecer un gobierno militar, allanó el camino para la unificación del ejército en torno a *Toseiha* y puso fin a cualquier posibilidad de mantener el dominio de un gobierno civil sobre los militares. Con esto, el último *genro* que quedaba vivo (que también fue uno de los objetivos de los militares rebeldes), Saionji Kimochi, aconsejó al Emperador que nominara al Príncipe Konoe Fumimaro para el cargo de Primer Ministro – poniendo fin a la breve experiencia de la democracia representativa. Según el *genro*, el sería el único nombre capaz de crear un gobierno de consenso y evitar que los militares se apoderasen por completo del gobierno (OKA, 1992, p. 45).

La combinación de la política exterior y económica de *fait accompli* del Ejército en China, con la inestabilidad política provocada por los intentos de golpe de Estado, asesinatos y persecución de autoridades civiles que se oponían a una política agresiva contra China, hizo imposible restaurar la autoridad civil en el gobierno japonés. Quizás el símbolo de este hecho fue el propio asesinato del ministro Takahashi Korekiyo en el golpe de 1936, por ser el principal líder civil en la defensa de una política basada en los principios establecidos durante la Restauración Meiji, de mantenimiento de la autonomía a través del desarrollo económico y la modernización militar.

Konoe asumió el gabinete el junio de 1937, prometiendo reconciliar a civiles y militares y promover una política exterior a favor de la integración panasiática. Sin embargo, un mes después de su gobierno, el Ejército Kwantung provocó el Incidente del Puente Marco Polo, que encendió la Segunda Guerra Sino-Japonesa. Así, el gabinete de Konoe quedó a merced de las decisiones del Ejército, convirtiéndose en rehén de la política de hechos consumados y haciendo el camino de la guerra sin retorno.

A partir de ese momento quedó claro que el Estado japonés ya no actuaba bajo una Gran Estrategia consensuada. El gobierno civil de este período tenía una perspectiva diferente sobre los objetivos estratégicos japoneses y cómo alcanzarlos. Gradualmente, la concepción estratégica surgida de las experiencias del Ejército Kwantung en Manchuria, se haría dominante y los oficiales de esta organización militar asumirían el mando de todo el gobierno.

El poder de decisión había pasado, de hecho, a los militares de la facción *Toseiha*, que asumiría el gabinete en 1941 con el general Tojo Hideki. La prioridad sería el control total del Norte de China en preparación para una guerra contra la URSS. Sin embargo, debido al impasse estratégico, la falta de consenso sobre un nuevo perfil de inserción en un Sistema Internacional en transición y los errores de lectura de la política internacional, los planes operativos y la doctrina formulada en este período ya no correspondían a los nuevos objetivos estratégicos ni a sus consecuencias. Los planes operativos y las doctrinas formuladas reflejaban los experimentos y experiencias del Ejército Kwantung en Manchuria, no correspondiendo a una percepción de las necesidades del Estado japonés, ni a su perfil de inserción internacional.

5 PENSAMIENTO ESTRATÉGICO, CONCEPTO OPERATIVO, PLANES DE GUERRA Y ESTADO DE LAS FUERZAS JAPONESAS

A lo largo de la década de 1930, Japón se había estado preparando para la guerra, pero no contra China, sino contra la URSS. El objetivo japonés era la protección de Manchuria, consideraba su línea vital con el continente y el mundo y veía en la URSS y el comunismo la principal amenaza a esta línea vital. Las nuevas operaciones militares en el Norte de China tenían como objetivo asegurar una retaguardia estratégica para Manchuria en una eventual conflagración contra los soviéticos y evitar su apoyo al *Guomindang* (GMD) o al Partido Comunista Chino (PCCh), lo que eventualmente podría llevar a Japón a una guerra en dos frentes. En ningún momento, Japón preparó o tuvo la intención de iniciar una guerra total contra China.

La misión original de las fuerzas japonesas estacionadas en el norte de China y otros territorios de ese país era la de proteger las inversiones, la propiedad y la vida de los ciudadanos japoneses en estos lugares. Sin embargo, desde mediados de la década de 1930, aumentó la percepción de amenaza por parte de URSS sobre Manchukuo, al tiempo que aumentaba la hostilidad china hacia los japoneses. Las hostilidades chinas, además de representar un gran riesgo para la economía japonesa, también representaron una amenaza para el programa de modernización del Ejército japonés. A esto se suma la posibilidad de tener una guerra en dos frentes, contra la URSS en el norte y contra China en el flanco oeste, un riesgo considerable teniendo en cuenta la falta de profundidad estratégica de la posición japonesa. A partir de estas contingencias, el Ejército Imperial rehizo sus planes operativos, agregando la región del Norte de China, entre la península de Shandong y la Gran Muralla, como área de retaguardia estratégica para el enfrentamiento con la URSS (DREA, 2011, p. 107).

De esta forma, el Ejército japonés pretendía eliminar la amenaza del GMD y garantizar la delimitación de esta retaguardia estratégica en el Norte de China desde una guerra preventiva contra China. Sin embargo, esta no fue la planificación original del gobierno civil, este escenario se formó paulatinamente a través de operaciones encubiertas de los llamados “ejércitos de campaña” en China, siendo el principal el Ejército Kwantung (Guandong) comandado por el General Tojo Hideki (quien luego comandaría el país durante la guerra). En marzo de 1937, los comandantes de los ejércitos de China fueron convocados a Tokio para explicar sus acciones, pero en esa ocasión exigieron al gobierno central que no se concediera más concesiones a China y que era necesario “aplantar al gobierno de Nanjing” para que se diera continuidad a los preparativos para una guerra contra la URSS (DREA, 2011, p. 106-107).

Desde la década de 1910, había planes de contingencia para una guerra contra China para defender los intereses japoneses en Manchuria. Estos planes requerían el uso de 13 divisiones para ocupar Manchuria, parte del Norte de China y Beijing, con el uso de dos divisiones más para asegurar las líneas de comunicación entre Beijing y el mar (DREA, 2011, p. 108). A partir del incidente de Manchuria en 1931 y su posterior ocupación, se detallaron estos planes ante la eventualidad de una alianza chino-soviética que pusiera en peligro la posición japonesa en el Norte de China y su ocupación en Manchukuo. Los planes describían una campaña de dos meses que requeriría 16 divisiones, de las cuales 14 se asignarían para enfrentar al Ejército Rojo y dos se enfrentarían a los nacionalistas. Los objetivos eran prácticamente los mismos, proteger Manchuria, ocupar puntos estratégicos del Norte de China, incluido Pekín, y asegurar su comunicación con el mar (DREA, 2011, p. 108). Solo en caso de una escalada y una guerra total y abierta contra China, considerada improbable, se preveía el refuerzo de diez divisiones más, pero para la acción aún en el norte de China. Las operaciones en el centro de China se limitarían a ocupar y bloquear grandes ciudades de la costa y solo se asignarían dos divisiones para este fin (DREA, 2011, p. 108).

A pesar de la existencia de estos planes, entre 1932 y 1936, la prioridad del Ejército Kwantung fue la preparación para la guerra contra la URSS. Mientras el GMD permaneciera débil y dividido, las operaciones contra China deberían ser limitadas, evitando una posible escalada. Esta percepción fue cambiando progresivamente a lo largo de la década de 1930. Sin embargo, la evolución de estos planes demostró que, hasta vísperas de la guerra, todos los planes

japoneses priorizaban una ocupación del Norte de China únicamente, incluso en una guerra en dos frentes, no había previsión de un derrocamiento del gobierno del GMD o para la conquista de todo el territorio. Incluso la posibilidad de ocupar Wuhan, en el interior de China, que estaba contemplada en los planes de 1935, fue descartada en su revisión de 1936 por falta de tropas y recursos (DREA, 2011, p. 108-109).

La versión final de los planes de guerra en China mantuvo estos objetivos, a saber, la ocupación del Norte del país y de las principales ciudades de la costa de China central (Nanjing, Shanghai y Hangzhou). En los planes se preveían dos escenarios: el primero se refería a las operaciones generales en el Norte de China y establecía el avance de las operaciones a lo largo de los principales ferrocarriles, saliendo de Beijing hasta el río Amarillo, previendo la ocupación de las cinco provincias del Norte de China; el segundo se refería a operaciones contra una alianza chino-soviética, cuya principal diferencia era la reducción del área de ocupación en el Norte de China, debido a la redirección de fuerzas para el enfrentamiento contra los soviéticos. Aunque estos planes abogaban por una ocupación prolongada, ninguno de ellos consideró la posibilidad de una guerra prolongada y de desgaste. Toda la atención se centró en las batallas iniciales, las posibles respuestas a la reacción china deben considerarse “supeditadas a las circunstancias” (DREA, 2011, p. 111).

Sin embargo, toda la política japonesa hacia China, a partir de 1936, consideró únicamente soluciones de fuerza, a pesar de que su principal objetivo era conservar fuerzas para invertir en un programa de modernización militar para el enfrentamiento con la URSS y garantizar una retaguardia estratégica en el Norte de China. Esta planificación contradictoria se refiere a tres factores. El primero, ya mencionado, fue la total exclusión de los líderes civiles, tanto electos como burocráticos, del proceso de formulación y de toma de decisiones políticas y estratégicas después de febrero de 1936. El segundo factor se refiere a la división entre el cuartel general de Tokio, que era favorable a acciones limitadas contra los chinos y los “comandantes de campo” en China, que abogaban por una guerra preventiva contra China. El tercer factor se refiere a la inteligencia japonesa sobre la situación china.

A pesar de que Japón tenía una inteligencia de señales eficiente en China, podría decodificar la mayoría de las comunicaciones chinas y tenía conocimiento de la situación de la mayoría de las fuerzas chinas, su inteligencia política no pudo comprender la situación del país después de la unificación promovida por el GMD (PEATTIE, 2011, p. 56-57). Los japoneses utilizaron sus experiencias pasadas negociando con los señores de la guerra en China y los prejuicios que describían a los líderes chinos como corruptos e ineptos y reafirmaron la superioridad racial y al estado japonés como líder de Asia. El surgimiento del GMD fue visto como una nueva disputa entre señores de la guerra y el sentimiento antijaponés que promovían sería el resultado de la influencia de la URSS, el PCC y los intereses parroquiales. Los japoneses fueron incapaces de comprender el nuevo momento de la realidad política y social china, la promoción de una agenda de modernización y la unión de distintas fuerzas políticas en un frente antijaponés, resultado precisamente de las iniciativas de agresión contra China. Dentro de estos escenarios establecidos, los japoneses creían que los chinos no podrían montar una resistencia prolongada a nivel nacional y que, como en eventos anteriores, aceptarían después de una victoria militar rápida y decisiva.

Esta victoria rápida y decisiva fue la base de la doctrina del Ejército Imperial Japonés. Sus principales manuales de mando, los “Principios de Mando” (*totsui koriyo*) y los “Principios de Operaciones” (*seno koriyo*), consideraban que la victoria se debía al *élan* y la moral superiores y a la capacidad ofensiva¹¹. El concepto operativo japonés consistía en operaciones rápidas y de alta movilidad que buscaban la batalla decisiva al principio de la campaña. El único medio para lograr los objetivos era la ofensiva, la infantería sería el arma principal de la maniobra y la artillería tenía la función de apoyar su avance. Estaba previsto la realización de ataques sorpresa, operaciones nocturnas y tener la capacidad de rodear al oponente incluso en menor número. Si sus fuerzas estaban a la defensiva, el comandante debería buscar oportunidades para lanzar un contraataque abrumador y recuperar la iniciativa. Este concepto operacional, que buscaba una batalla decisiva a toda costa, se denominó principio de “combate rápido y decisión rápida”, o *sokkusen sokketsu* (DREA, 2011, p. 112-113; SATOSHI; DREA, 2011, p. 159), y sustentó toda la planificación operativa japonesa en China, al menos hasta la Batalla de Wuhan en 1938, cuando llegó a su límite.

A pesar del fuerte énfasis en la infantería y la moral superior del soldado japonés, este concepto operativo solo era factible debido a una fuerza altamente entrenada, habilidad en la guerra de armas combinadas, potencia de fuego superior, movilidad y apoyo aéreo y naval, no se trataba de una carga de bayoneta ciega como el sentido común podría eventualmente intentar reproducir (DREA, 2011, p. 115). Este tipo de concepto operacional fue tributario de las doctrinas del *attaque à l'outrance* y del culto a la ofensiva que nació en la Primera Guerra Mundial e inspiró fuertemente la doctrina japonesa, especialmente el pensamiento militar alemán. El culto a la ofensiva fue el resultado de una reinterpretación de Clausewitz basada en el nacionalismo chovinista y el darwinismo “científico”. Fue un intento de justificar la guerra ofensiva de agresión a través de un barniz científico de supuesta supervivencia del más apto, en este caso, la nación de la raza y la moral superior (SONDHAUS, 2013, p. 42-43). Esta formulación sobrevivió en el período de entreguerras y sirvió de base para las formulaciones, en Europa, de guerra de aniquilamiento y guerra total, que también tuvieron una fuerte influencia en la formulación doctrinaria japonesa y, en consecuencia, en su concepto operativo (DREA, 2011, p. 112). Este pensamiento también se puede atribuir a la gran falla en la inteligencia humana japonesa, ya que sus informes utilizaron estereotipos y prejuicios para justificar su superioridad racial y la inevitabilidad de una victoria militar basada en *sokkusen sokketsu*, atribuyendo a los chinos características tales como mezquinos, codiciosos, corruptos y traidores (DREA, 2011, p. 131-133).

Para ejecutar este plan operativo, el Ejército Imperial Japonés disponía, en vísperas de la guerra, de una fuerza de 247.000 hombres activos, distribuidos en 17 divisiones de infantería¹², cuatro regimientos de tanques y 54 escuadrones aéreos compuestos por 549 aviones. Parte de este orden de batalla ya estaba estacionado en China: el Ejército de Guarnición de China, con base en la concesión japonesa de Tianjin, que contaba con 2 regimientos y una brigada mixta independiente, y el Ejército Kwantung, estacionado en Manchukuo, que contaba con cuatro divisio-

11 Estos preceptos eran tan absolutos que en la revisión de 1928 de los Principios de Mando se eliminaron del manual los términos rendición, retirada y defensa (DREA, 2011, p. 112).

12 Cada división de infantería japonesa, en tiempos de paz, constaba de 12.000 hombres, divididos en dos brigadas de 4.000 hombres y regimientos de artillería de campaña, ingeniería y un batallón de transporte. En tiempos de guerra, cada división podía llegar a los 25.000 hombres (DREA, 2011, p. 118).

nes. Otras dos divisiones estaban estacionadas en Corea y dos regimientos de infantería más en Taiwán. Además, Japón contaba con una reserva de reclutas, listos para el empleo, de alrededor de 742.000 hombres en 1937 (DREA, 2011, p. 115-116).

En cuanto a la logística y el equipamiento, los japoneses dependían en gran medida de los ferrocarriles. Su doctrina logística consideraba que las unidades de maniobra japonesas debían operar en un radio de entre 190 y 290 km de una vía férrea para que ésta pudiera ser debidamente abastecida (DREA, 2011, p. 122-123). Para motorizar completamente el ejército se estimó que se necesitaban 250.000 camiones, la industria japonesa en la década de 1930 era capaz de producir solo 1000 camiones por año (DREA, 2011, p. 119). Debido a esta deficiencia y a las condiciones del terreno en China, fuera de las líneas ferroviarias, toda la logística se hacía a pie o con animales. Un regimiento de transporte, en tiempo de guerra, contaba con 3.500 hombres¹³, 300 caballos y más de 2.600 animales (DREA, 2011, p. 123). También hubo deficiencias en la producción de municiones para artillería, de tanques y vehículos blindados. Los problemas logísticos y de producción pondrían a prueba las capacidades japonesas durante la guerra, socavando la superioridad material y tecnológica que tenían sobre los chinos a lo largo de la guerra. Contra oponentes del mismo nivel tecnológico, estas deficiencias tendrían consecuencias catastróficas (DREA, 2011, p. 121).

En definitiva, los japoneses, a pesar de su superioridad material y tecnológica sobre los chinos, presentaban una serie de carencias que, a lo largo de la guerra, resultarían críticas. Entre ellos: toma de decisiones defectuosa, con superposición entre los comandantes de campo y el cuartel general de Tokio; vagos planes operativos que no se correspondían con la realidad enfrentada en la guerra; dificultades productivas y logísticas; y un concepto operativo inadecuado para el tipo de guerra que los japoneses estaban a punto de enfrentar.

6 A MODO DE CONCLUSIÓN: LA SEGUNDA GUERRA CHINO-JAPONESA

En 1937, con el incidente del Puente Marco Polo, comenzó la Segunda Guerra Sino-Japonesa, que escalaría a la Segunda Guerra Mundial. En esta conflagración, China construyó un concepto operativo que se relacionaba con su realidad económica y política, además de tener una comprensión clara del enemigo y su objetivo estratégico. El objetivo estratégico de China fue la defensa de su proceso de Revolución Nacional y el concepto utilizado fue el de *chijiuzhan* o la guerra defensiva prolongada. El *chijiuzhan* tenía como objetivo negar la superioridad económica y tecnológica del enemigo a través de la extensión de sus líneas de comunicación y una gran superioridad numérica, causando el desgaste del enemigo y desdibujándolo en el campo de batalla. El objetivo era obtener un punto muerto estratégico que obligara al enemigo a retirarse.

Mientras tanto, Japón, que se recuperaba de una crisis económica y atravesaba una grave crisis institucional, tenía un objetivo estratégico vago y un concepto operativo desconectado de la realidad política. El objetivo estratégico japonés era asegurar una retaguardia estraté-

13 A pesar de ello, el coste de la victoria para los nacionalistas fue altísimo, ya que los ocho años de bloqueo y las numerosas bajas supondrían un extremo deterioro económico, administrativo y productivo del Estado chino. El resultado fue el deterioro de su capacidad de combate, la pérdida de importantes territorios y un extremo descontento popular. Estos factores colocarían a los comunistas en ventaja en la disputa por el liderazgo de la Revolución Nacional China que seguiría al final de la guerra.

gica para Manchukuo para una futura guerra contra la URSS. El concepto operativo utilizado fue *sokkusen sokketsu*, que significaba “guerra rápida, decisión rápida”. Este concepto se basaba única y exclusivamente en la guerra ofensiva y sólo veía cumplido su objetivo estratégico con la destrucción del enemigo, negando la posibilidad de acciones políticas para resolver la guerra. A esto se sumó un proceso de toma de decisiones defectuoso, con superposición entre los comandantes de campo y el cuartel general de Tokio, planes operativos vagos que no coincidían con la realidad enfrentada en la guerra y dificultades productivas y logísticas. Además, el tipo de guerra que enfrentó Japón no tenía precedentes. Sin embargo, la rigidez de su proceso de toma de decisiones y su momento de crisis política impidieron la adopción de un modelo de planificación operativa más flexible y acorde con la realidad del campo de batalla.

Así, a lo largo de las tres etapas principales de la guerra (Shanghai, Wuhan e Ichi-Go), se observó el intento japonés de definición a toda costa. Los chinos, a su vez, atrajeron a las fuerzas japonesas al interior del territorio, erosionaron sus líneas de suministro y utilizaron su superioridad numérica hasta que se volvió insostenible para los japoneses llevar a cabo operaciones ofensivas importantes.

De esta forma, se establecía un impasse estratégico, ya que los Nacionalistas no alimentaban la ilusión de una victoria decisiva sobre los japoneses en el campo de batalla, sino que creían que a su avance debía imponerse al mayor coste posible, impidiendo que el enemigo pudiera aprovechar las ganancias de su victoria táctica momentánea. A pesar de que los chinos perdieron Beijing, Shanghái, Wuhan, Xuzhou y su acceso a la costa, los japoneses no podrían sostener nuevas operaciones ofensivas significativas hasta 1944, manteniendo un punto muerto y haciendo que mantener la ocupación de territorios¹⁴ fuera una carga. Y, incluso con la victoria japonesa en la operación Ichi-Go, la mayor ofensiva de toda la guerra, Tokio no sería capaz de extraer ninguna ganancia efectiva de la victoria, colapsando por completo su maquinaria de guerra, finalmente rindiéndose después del bombardeo atómico y la ofensiva soviética sobre Manchuria el 15 de agosto de 1945.

14 A pesar de ello, el coste de la victoria para los nacionalistas fue altísimo, ya que los ocho años de bloqueo y las numerosas bajas supondrían un extremo deterioro económico, administrativo y productivo del Estado chino. El resultado fue el deterioro de su capacidad de combate, la pérdida de importantes territorios y un extremo descontento popular. Estos factores colocarían a los comunistas en ventaja en la disputa por el liderazgo de la Revolución Nacional China que seguiría al final de la guerra.

REFERENCIAS

AVANT, D. D. The institutional sources of Military Doctrine: hegemony in arms. **International Studies Quarterly**, [s. l.], v. 37, n. 4, p. 409-430, 1993. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/2600839>. Acceso en: 14 dic. 2022.

BLACK, J. **Rethinking military history**. New York: Routledge, 2004.

BRASIL. Ministério da Defesa. Exército. **Manual de fundamentos: doutrina militar terrestre**. 2. ed. Brasília, DF: Exército, 2019. (EB20-MG.102). Disponible en: <https://bdex.eb.mil.br/jspui/bitstream/123456789/4760/1/EB20-MF-10.102.pdf>. Acceso en: 14 dic. 2022.

COOX, A. D. **Tojo. Rio de Janeiro: Rennes Ltda, 1976**.

CHAPMAN, B. (ed.). **Military doctrine: a reference handbook**. Santa Brabara: ABC-CLIO, 2009.

DREA, E. J. The Japanese Army on the eve of the war. *In*: PEATTIE, M. R.; DREA, E. J.; VAN DE VEN, H. (org.). **The Battle for China: essays on the military history of the Sino-Japanese War of 1937-1945**. Stanford: Stanford University Press, 2011. p. 105-137.

HALL, J. W. **El imperio japonés**. 7. ed. Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores, 1985.

HARVEY, A. S. Os níveis da guerra como níveis de análise. **Military Review – Ed. Brasileira**, Fort Leavenworth, v. 77, n. 1, p. 81-88, 2022. Disponible en: <https://www.armyupress.army.mil/Journals/Edicao-Brasileira/Arquivos/Primeiro-Trimestre-2022/Harvey/>. Acceso en: 14 dic. 2022.

JENSEN, B. M. **Forging the sword: doctrinal change in The U.S. Army**. Stanford: Stanford University Press, 2006.

KIER, E. Culture and military doctrine: France between the wars. **International Security**, [s. l.], v. 19, n. 4, p. 65, 1995.

MAGNO, B. **Revolução Nacional e guerra prolongada na China: análise estratégica e operacional da Segunda Guerra Sino-Japonesa (1937-1945)**. 2018. Dissertação (Mestrado em Estudos Estratégicos Internacionais) – Faculdade de Ciências Econômicas, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 2018. Disponible en: <https://lume.ufrgs.br/handle/10183/193522>. Acceso en: 28 abr. 2019.

MAGNO, B. **Segunda Guerra Sino-Japonesa**: gênese de um modo asiático de fazer a guerra? 2015 Trabalho de Conclusão de Curso (Bacharelado em Relações Internacionais) – Faculdade de Ciências Econômicas, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 2015. Disponível em: <http://hdl.handle.net/10183/140739>. Acesso em: 28 abr. 2019.

MARTINS, J. M. Q. **Relações internacionais contemporâneas 2012/2**: estudos de caso em política externa e de segurança. Porto Alegre: ISAPE, 2013. *E-book*.

MIYAZAKI, S. Y. M. **As origens do investimento japonês na Ásia**. São Paulo: Annablume, 2009.

OKA, Y. **Konoe Fumimaro**: a political biography. Lanham: Madison Books, 1992.

PAINE, S. C. M. **The wars for Asia, 1911-1949**. Cambridge: Cambridge University Press, 2012. *E-book*.

PEATTIE, M. R. The dragon's seed: origins of the war. *In*: PEATTIE, M.; DREA, E.; VAN DE VEN, H. (org.). **The battle for China**: essays on the military history of the Sino-Japanese War of 1937-1945. Stanford: Stanford University Press, 2011. p. 48-78.

POSEN, B. R. **The sources of military doctrine**: France, Britain, and Germany between the World Wars. Ithaca: Cornell University Press, 1984.

POSEN, Barry R. Foreword: military doctrine and the management of uncertainty. **Journal of Strategic Studies**, [s. l.], v. 39, n. 2, p. 159-173, 2016. Disponível em: <https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/01402390.2015.1115042>. Acesso em: 7 mayo 2020.

SATOSHI, H.; DREA, E. J. Japanese Operations from July to December 1937. *In*: PEATTIE, Mark R.; DREA, Edward J.; VAN DE VEN, Hans (org.). **The battle for China**: essays on the military history of the Sino-Japanese War of 1937-1945. Stanford: Stanford University Press, 2011. p. 159-180.

SCHULZINGER, R. D. **U.S. Diplomacy since 1900**. Oxford: Oxford University Press, 2002.

SHIGEMITSU, M. **Japan and her destiny, my struggle for peace**. New York: E.P. Dutton & Co., 1958.

SONDHAUS, L. **A Primeira Guerra Mundial**: história completa. São Paulo: Contexto, 2013.

